

DIVERSIDAD Y ENVEJECIMIENTO. APUNTES PARA SU DISCUSIÓN

María Julieta Oddone*

PRESENTACIÓN

En este artículo¹ abordamos brevemente algunas posiciones teóricas y metodológicas referidas al abordaje de la diversidad en la vejez y presentamos algunos datos que ilustran sobre el envejecimiento diferencial (vejez) en nuestro país.

En el campo de la gerontología se considera que los viejos constituyen un grupo de edad muy heterogéneo. La investigación ha brindado abundante evidencia del aumento de la variabilidad a medida que avanza la edad. La definición de vejez implica cuestionarse sobre: ¿qué es la vejez? y si la vejez ¿es una etapa de la vida o es una característica que comparten algunas personas a las que consideramos viejas?

Para definir la vejez, tradicionalmente, se ha considerado la edad de 60 años y más² pero la edad cronológica puede ser un criterio dudoso en tanto se considera que el proceso de envejecimiento no es idéntico para todas las personas; hay grandes diferencias

según el género, el nivel socioeconómico, el nivel educativo, el contexto ecológico y social, el estilo de vida y el impacto de los acontecimientos histórico sociales que afectan el curso de la biografía personal.

Por otro lado, la prolongación de la vida juntamente con la disminución de la mortalidad, hicieron que mucha gente viviera muchos más años y la tercera edad se volvió casi tan larga como la suma de las otras dos. Esto ha provocado que se comenzara a diferenciar subgrupos dentro del grupo de los viejos.

Se ha recurrido a la edad cronológica como criterio para la organización de las instituciones sociales por la simplicidad de su aplicación y por ser considerada una categoría igualitaria y equitativa debido a su universalidad. Sin embargo, su aplicación plantea los siguientes problemas:

1. En cuanto al conocimiento científico, una explicación basada en la edad cronológica no es útil porque no constituye un

* Doctora de la Universidad de Buenos Aires. Investigadora CONICET/FLACSO. Profesora Facultad de Ciencias Sociales UBA. Directora del Programa Envejecimiento y Sociedad. FLACSO.

¹ Este artículo se basa en las siguientes publicaciones realizadas por la autora: Oddone, M. J., (2001) "Actitudes, percepciones y expectativas de las personas de mayor edad". Secretaría de Tercera Edad y Acción Social. Nº 2 y Nº 3. Serie de Informes de Investigación. Buenos Aires. M.J.Oddone y M.B.Aguirre (2004) 80 y más: los desafíos de la longevidad. En, S. Molina (Comp.) Aspectos Psicosociales del Adulto Mayor. Colección Salud Comunitaria. Ediciones de la UNLA. Remedios de Escalada. Y M. J. Oddone y M. B. Aguirre (2005) Impacto de la diversidad en el envejecimiento. Revista de Psicología. Psicólogos. Año XIV – Nº 15. UNT. Tucumán.

² Primera Asamblea Mundial del Envejecimiento. ONU. Viena 1982.

principio explicativo.

2. En cuanto a su aplicación práctica, en gerontología, la edad cronológica no puede predecir de manera general la forma de vida de las personas ni sus necesidades.

3. En cuanto a la difusión del conocimiento gerontológico al público en general, la utilización de la edad cronológica puede conducir a afianzar estereotipos sobre las personas de edad avanzada que contribuyan a etiquetarlas erróneamente.

Este último punto hace referencia a la imagen simbólica de la etiqueta, que surge del proceso de categorizar y dar nombre a esa categoría. Mediante el mismo se crea una representación social según la cual todas las personas que son etiquetadas de una determinada manera poseen cierto número de atributos. Cuando estos atributos son negativos, se estigmatiza al individuo.

Al considerar este tema en su estudio sobre el viejismo, E. Palmore (1990) opina que muchas de las categorizaciones que intentan distinguir subgrupos dentro del gran grupo de los viejos, a pesar de sus buenas intenciones no hacen otra cosa que guiarse por estereotipos y prejuicios. R. Atchley (1987), por ejemplo, propone diversas etapas, comenzando por la mediana edad, que se inicia alrededor de los cuarenta, la madurez tardía, alrededor de los sesenta y la vejez alrededor de los ochenta. Afirma que esta división no está basada en edades cronológicas sino en conjuntos de características relacionadas entre sí. Por ejemplo, la vejez está caracterizada por una extrema debilidad física, los procesos mentales se lentifican, la enfermedad orgánica se vuelve más común, las redes sociales han sido diezmadas, el individuo siente que la muerte está cerca, la actividad ha disminuido notablemente, la institucionalización es frecuente, es probable que se trate de una etapa displacentera.

Ahora bien, aunque los rangos de edades se achiquen, las características atribuidas a las diferentes etapas no se pueden generalizar a todos los individuos. Por ejemplo, no se puede decir que todas las personas que transcurren por sus ochentas están enfermas, tienen las redes sociales diezmadas, tienen una vida displacentera, etc., por lo tanto estas concepciones siguen siendo viejistas.

¿Qué criterio utilizar entonces para definir a los ancianos como grupo? Para las políticas sociales se trata de encontrar un criterio que permita evaluar adecuadamente las necesidades de ese grupo. Difícilmente se encontrará uno más cómodo que la edad cronológica, pero ya hemos señalado sus deficiencias. C. Lalive d'Epinay y sus colaboradores (1998) proponen tomar como criterio el estado funcional de la persona evaluado mediante baterías de indicadores de las actividades de la vida diaria.

El criterio de la salud funcional agrupa a las personas en función de su aptitud para hacerse cargo de las tareas de la vida cotidiana y por lo tanto, de su autonomía, diferenciándolas en dependientes, frágiles e independientes. Ahora bien, si con un criterio de edad cronológica, distinguimos una tercera de una cuarta edad, donde la primera agrupa a las personas mayores más activas y saludables y la segunda, a las más frágiles y dependientes, y si además tomamos en consideración que el grupo de más de 80 es el de mayor crecimiento demográfico, podemos transmitir una idea catastrófica acerca del aumento de los gastos en salud que este grupo poblacional provocará en la sociedad. Etiquetar a los que superan los ochenta años como personas enfermas y desvalidas que necesitan servicios especiales de salud muy costosos, puede conducir a generalizaciones prejuiciosas que perjudican tanto a los individuos como a la sociedad en su conjunto, que focalizará equivocadamente sus políticas sociales y sanitarias.

Por otra parte, no existe un acuerdo entre los especialistas con respecto a las explicaciones sobre porque los viejos constituyen un grupo de edad sumamente heterogéneo. Algunos lo atribuyen a una expresión de la individualidad y hasta lo consideran como un triunfo del individuo sobre las tendencias conformistas con respecto al medioambiente social. Como contrapartida de esta perspectiva, otros consideran que el contexto social sistemáticamente produce variación entre los miembros de una cohorte de edad a medida que envejecen. Las diferencias en cuanto a la educación y formación profesional, por ejemplo, dan como resultado diferencias en las carreras laborales y los ingresos de la vida adulta, que a su vez influyen sobre los recursos luego de la jubilación. Es posible encontrar cierta regularidad dentro de la heterogeneidad, es decir, se pueden observar ciertos patrones de variabilidad en cuanto a los recursos económicos y los estilos de vida, entre otros. Para algunos el aumento de la heterogeneidad se debe en gran medida a aquellos procesos sociales que generan desigualdad en el curso de la vida.

El supuesto de un envejecimiento normativo o normal responde a la posición ideológica prevalente en los inicios de la teorización gerontológica que, bajo la influencia del positivismo empirista, dio lugar al surgimiento de las primeras teorías del envejecimiento (Dannefer, 1988). La más polémica de estas teorías, la teoría del descompromiso enunciada por Cumming & Henry en 1961, constituye la aplicación más directa del funcionalismo estructural al tema del envejecimiento. Según ésta, los individuos forman parte de un orden social respondiendo a las necesidades del sistema, cuyas normas incorporan mediante el proceso de socialización. Encuadrado dentro de estos postulados, el proceso del descompromiso,



Gentileza

Javier Fuentes y Nicolás Fernández

entendido como el retiro de las personas viejas con respecto a los roles característicos de la mediana edad, resulta funcional tanto para el individuo como para la sociedad. Su funcionalidad radica en que posibilita que las personas viejas cedan su lugar a las generaciones más jóvenes y, al mismo tiempo, permite que los viejos se preparen para su último retiro, la muerte.

Para demostrar la vigencia de este proceso que consideran universal e inevitable, los autores presentan datos que indican una disminución tanto en la cantidad como en la frecuencia de las interacciones sociales en la vejez. Sin embargo, el análisis de los mismos datos permite adoptar una perspectiva diferente, si se tiene en cuenta que un porcentaje considerable de los viejos estudiados no se encontraban en proceso de descompromiso. Lejos de considerar que estos casos refutaran su teoría, los autores procedieron a desestimarlos, describiéndolos como personas que no han logrado una buena adaptación a la vejez, que se encuentran a destiempo en el proceso de descompromiso o bien que pertenecen a una élite biológica y/o psicológica (Hochschild, 1976). Como vemos, desde esta perspectiva, lo normativo es lo central y la diversidad de la vida real es desestimada.

Los investigadores que no comparten esta visión, han realizado

contribuciones conducentes al reconocimiento tanto de su bidireccionalidad como de su carácter potencialmente conflictivo. Sin embargo, sus estudios microsociales de la interacción no toman en cuenta los procesos estructurales que modelan de manera fundamental las percepciones y las interacciones de los actores sociales. Al ignorar la estructura, consideran la acción individual dentro de un contexto macrosocial prácticamente indiferenciado, restando importancia a la heterogeneidad como problema teórico a considerar.

Estas perspectivas presuponen un orden social consensuado, dentro del cual la diversidad es vista como el triunfo de la voluntad o la iniciativa individual y en consecuencia no se la reconoce como el producto de procesos sociales que la generan sistemáticamente. Se supone que en el mundo occidental moderno, pluralista e individualista, la libre elección es determinante para la constitución de sí mismo. Esto implica, por lo tanto, que los individuos se diferencian debido a sus percepciones y sus acciones particulares y que el conjunto de sus interacciones da forma a la realidad social. Así considerada, la heterogeneidad tendría una importancia secundaria como producto de la espontaneidad y la diversidad humanas (Dannefer, 1988). Sin embargo, esta visión no deja de ser ingenua, pues sabemos que las instituciones de la



Gentileza

Javier Fuentes y Nicolás Fernández

sociedad contemporánea continúan modelando a los individuos de manera decisiva, en este sentido coincidiendo con la tan criticada perspectiva funcionalista.

En síntesis, los abordajes iniciales de la gerontología social resultan insuficientes para brindar un panorama totalizador del envejecimiento que otorgue a una de sus características fundamentales, su diversidad, la importancia teórica que merece. Como vimos, la pregunta misma acerca de la heterogeneidad no encaja en el marco teórico que ha conducido inicialmente la investigación gerontológica y, aunque más recientemente en el medio académico ha habido una aceptación generalizada de la necesidad de incorporar la diversidad al estudio del envejecimiento, su inclusión efectiva en los trabajos tarda en producirse debido a esta incompatibilidad con las tradiciones teóricas establecidas. El abordaje de la diversidad implicaría, entonces romper con, o al menos cuestionar, esos marcos explicativos, para lograr nuevos desarrollos teóricos que den cuenta de la heterogeneidad. Este es el rumbo que han tomado los investigadores interesados en aquellos procesos estructurales que generan desigualdad (Calasanti, 1996), quienes proponen evaluar las diferencias grupales en el contexto de las jerarquías de poder.

Las primeras respuestas surgieron de parte de quienes adoptaron el enfoque de la economía política, cuyas explicaciones de la desigualdad se basan en razones socio estructurales y no en causas individuales. Lo que se intenta destacar es la forma en que las instituciones del Estado, a través de sus políticas, han ido construyendo a la vejez como etapa delimitada de la vida y, al mismo tiempo, como problema. A partir del establecimiento de un sistema jubilatorio administrado por el Estado y basado en la edad cronológica, la vejez pasó a ser una etapa de la vida que se inicia con la jubilación y se define en función de la misma. Es en este sentido que se la considera como una construcción social y, más específicamente, de las políticas sociales. Si bien de esta manera se ha legitimado la posibilidad de ser beneficiario de la seguridad social una vez alcanzada determinada edad, también se ha contribuido a definir la vejez como problema, debido al riesgo de crisis financiera al que daría lugar el envejecimiento poblacional (Guillemard, 1982).

El planteo de la economía política del envejecimiento es que las instituciones han consolidado la división tripartita del ciclo vital, (una edad para el estudio, una edad para el trabajo y una edad para la jubilación o el retiro) construyendo así a la vejez como última etapa de la vida. Ahora podemos agregar que esta construcción

deja sin resolver y, aún más, pone de relieve, la cuestión de la heterogeneidad.

Por lo tanto, dar cuenta de la diversidad en el envejecimiento, implica ir más allá de las características individuales que generan diferencias. Implica llegar hasta las estructuras fundamentales que organizan la vida social en un sistema jerárquico para así poder estudiar las formas de regulación mediante las cuales los grupos dominantes mantienen el control en la sociedad moderna. Para ello se propone conceptualizar la edad, la clase social, el género y la etnia como sistemas interconectados de relaciones de poder que estructuran la vida social y que se caracterizan más por el conflicto que por el consenso. La desigualdad en la vejez se va modelando a través del curso de la vida en función de características tanto estructurales como individuales. La edad, como quiera que sea considerada, no es la base de la diversidad como tampoco lo son el género, la clase social o la etnia, por sí solos. Aunque se puedan abordar en forma independiente y de hecho lo son en la mayoría de los casos, para tener un panorama totalizador de la desigualdad social, es necesario considerarlas en conjunto (McMullin, 2000).

Sin embargo, las dificultades que presentan tanto la elaboración de un marco teórico como de un diseño de investigación que englobe todos los aspectos estructurales de la heterogeneidad, no escapan a la observación de quienes promueven el estudio de las diferentes formas de envejecer. Al respecto se ha efectuado una interesante distinción entre diversidad de contenido y diversidad de abordaje.

La diversidad de contenido apunta a documentar las diferencias grupales, en tanto que el abordaje de la diversidad hace referencia justamente a aquellas perspectivas que conceptualizan esas diferencias como relaciones de poder interconectadas (Calasanti, 1996). Si bien los investigadores del envejecimiento han realizado importantes avances en la documentación de la diversidad, todavía hay mucho camino por recorrer en cuanto a su abordaje.

VEJECES EN UN CONTEXTO URBANO

Dentro de las limitaciones que se deben enfrentar para desarrollar la investigación en gerontología social en nuestro país, desde hace mucho tiempo venimos tratando de incluir la diversidad como un aspecto central de nuestros trabajos, tanto con métodos cualitativos como cuantitativos. Sin embargo, la complejidad del abordaje de la diversidad prácticamente nos impone limitarnos a su descripción.

De todos modos, consideramos que la documentación de las diferentes formas de envejecer sigue siendo clave para la comprensión de un fenómeno que está muy lejos de ser único y homogéneo. Asimismo se hace necesario aclarar que en este artículo presentaremos sólo algunos datos³ que utilizamos como ejemplo de las diferencias que por subgrupo de edad, por género y por nivel socioeconómico, presentan los viejos urbanos.

En el grupo de los viejos-jóvenes (de 60 a 64) sólo el 36,7 por ciento es jubilado o pensionado, es decir, que muchos de ellos todavía siguen trabajando, mientras que el 96,2 por ciento de los viejos-viejos son jubilados y/o pensionados, y de allí derivan sus ingresos económicos.

El grado de integración de los viejos con sus familias es un tema importante en la resolución de la vida cotidiana y, al focalizar sobre ¿con quién viven nuestros viejos?, vemos que la gran mayoría de los mayores de 60 años, prácticamente el 80 por ciento, vive con alguien de su familia, aunque no es un dato menor que el 20 por ciento vivan solos. Las diferencias por género son significativas en este punto.

El porcentaje de las mujeres que viven solas prácticamente duplica al de los hombres que lo hacen (25,5 y 13,5 por ciento, respectivamente). También son más las mujeres que viven con hijos y nietos. Los hombres, en cambio, conviven con más frecuencia con su cónyuge (43 por ciento de hombres que viven con su esposa y 25,9 por ciento de mujeres que viven con su marido). Esta diferencia por sexo se debe a la mortalidad diferencial.

³ El estudio realizado por Oddone, M. J. denominado "Actitudes, percepciones y expectativas de las personas de mayor edad". Secretaría de Tercera Edad y Acción Social. Nº 1, Nº 2 y Nº 3. Serie de Informes de Investigación. Buenos Aires, se basó en una muestra de 1506 entrevistas domiciliarias a personas de más de 60 años de edad, autoválidas, en condiciones de contestar la encuesta, residentes en distintas ciudades diferenciadas por su cantidad de habitantes: Capital Federal, Gran Buenos Aires, Gran Córdoba y Gran Rosario, fueron agrupadas como grandes ciudades; Gran Paraná, Gran Posadas, Neuquén-Plotier-Cipoletti, San Rafael y Tandil, como ciudades medianas; Jesús María, Libertador General San Martín, Puerto Madryn, Rivadavia, Tafi Viejo y Villa Ángela, como ciudades pequeñas.

Se recabó información acerca de las características sociodemográficas de los adultos mayores encuestados: edad, sexo, estado civil, lugar de nacimiento. También se obtuvieron datos sobre su nivel económico social, su nivel de educación, propiedad de la vivienda, sus ingresos y su situación laboral. Asimismo, se abordaron aspectos de la situación familiar, tratando de conocer el grado y tipo de interacción, la ayuda recíproca y, en general, la vigencia de la familia como ámbito de contención emocional. Se incluyeron, además, preguntas que apuntaban a detectar situaciones de posible maltrato y violencia en el seno de las familias.

Para evaluar la integración personal, se tuvieron en cuenta aspectos tales como la adaptación a la situación de jubilado y la ocupación del tiempo libre, las actividades de la vida cotidiana, las situaciones de soledad y los sentimientos depresivos. Con la finalidad de analizar las posibilidades de nuestros entrevistados de proyectarse en el futuro, se indagó sobre sus proyectos a corto y mediano plazo. Finalmente, se intentó abordar el tema del significado de la vejez, al pedirles su opinión sobre el lugar que como personas mayores consideran deberían ocupar en la sociedad.

El procesamiento de la información, a cargo de la consultora ARESO, no integró análisis multivariados.

Al considerar los grupos de edad, observamos que a medida que aumenta la edad se produce una disminución de hogares compuestos por cónyuge e hijos y un aumento de las personas que viven solas. En el grupo de 80 y más los que viven solos ascienden al 39 por ciento, mientras que en el de 60-64, lo hace el 14 por ciento. Asimismo, con cónyuge e hijos viven el 34 por ciento en el grupo de 60-64 y sólo lo hace en el grupo de 80 y más el 5 por ciento.

Tener 80 y más años marca una diferencia importante en cuanto a la gama de actividades para el hogar y la familia que se realizan. El porcentaje de los de 80 y más que declara no realizar ninguna actividad para la familia, alcanza a 40 de cada 100. Asimismo, se observa una caída en los porcentajes de ancianos que salen para realizar trámites, sólo el 2,2 por ciento lo hace luego de los 80 años. Esta caída de la actividad estaría indicando, en términos generales, que los 80 años han pasado a constituirse en el punto de inflexión que separa la tercera edad o viejos-jóvenes de la cuarta edad o viejos-viejos.

A fin de hacer aún más fina la medición de la relación de los entrevistados con sus familias, se les presentaron una serie de frases solicitándoles que manifiesten en qué medida reflejan su situación. Estas eran: su familia "tiene en cuenta sus opiniones", "lo participa de las decisiones familiares", "se preocupa por su salud", "respeta sus gustos y deseos", "se interesa por sus necesidades", "comprende sus problemas", a las que respondieron en forma positiva con valores superiores al 75 por ciento. Los valores bajan un poco con las frases: su familia "solicita su ayuda" y su familia "lo sobreprotege" (46 por ciento de respuesta afirmativa). Esta última, a pesar de haber sido presentada dentro de una serie de opciones positivas, tiene una connotación negativa como modalidad de relación que favorece la dependencia. Por eso disminuye la cantidad de entrevistados que se identificaron con ella. Sin embargo, un 46 por ciento lo hace.

El tema de la sobreprotección es interesante. Los que mayormente sienten que la familia los sobreprotege y no solicita su ayuda, son los mayores de 80. Nos preguntamos entonces hasta dónde esta sobreprotección implica no dejar hacer, poner límites a la actividad de los viejos, provocando involuntariamente la dependencia y el aislamiento. ¿Hasta dónde debe llegar el cuidado para no ser inhabilitante dando lugar a una profecía autocumplida?

Sabemos que quienes sufren discriminación tienden a adoptar la imagen negativa que el grupo dominante les impone comportándose

de acuerdo con los estereotipos que conforman dicha imagen. Estos estereotipos presuponen muchas veces que los viejos son asexuados, rígidos, improductivos y descomprometidos. Como resultado, muchos viejos tienden a evitar las relaciones sexuales, las ideas nuevas, la actividad productiva y creativa y el compromiso social. Este es un claro ejemplo de profecía autocumplida, proceso por el cual una creencia influye sobre la conducta de tal manera que hace que la profecía se cumpla.

También se trató de averiguar la existencia de situaciones de violencia familiar, definiendo por tal, una acción y/o una omisión o negligencia que ponga en peligro la salud o bienestar de una persona anciana. Dado lo delicado del tema, se garantizó el anonimato de la respuesta. Esta forma de medición nos llevó a saber que en las zonas urbanas estamos duplicando los porcentajes de violencia familiar informados en la literatura internacional⁴, que son de alrededor de un 4 por ciento, ya que el 8,5 por ciento de nuestros entrevistados ha padecido alguna forma de violencia⁵ por parte de sus familias.

Se observó que en las ciudades pequeñas, en las que los viejos viven en mayor proporción en familias extensas, donde conviven tres generaciones, la violencia era más frecuente. Otra observación fue que sufren más situaciones de violencia los viejos-jóvenes que los viejos-viejos. A medida que aumenta la edad, disminuyen las situaciones de violencia. Pareciera que la mayor vulnerabilidad no estaría actuando en estas familias como un estímulo para el maltrato. Esto también puede interpretarse desde la perspectiva del choque intergeneracional, por el cual surgen situaciones de agresión de distinto grado de intensidad cuando se defienden cuotas de poder. Estas tienden a disminuir cuando una de las partes no está en condiciones de ofrecer oposición, como aparentemente sería el caso de los viejos-viejos. En la misma línea interpretativa podría situarse el hecho de que ocurra con mayor frecuencia en las ciudades más pequeñas, pues en ellas es mayor la cantidad de los que conviven con su familia.

Si bien en este estudio no todos los entrevistados eran jubilados, se consideró importante preguntar a aquellos que si lo eran cómo habían experimentado el cambio. Si este había sido traumático o, por el contrario, dejar las obligaciones laborales les había posibilitado disfrutar de su tiempo libre.

Los sentimientos de tristeza o angustia al momento de retirarse son declarados con más frecuencia por el grupo más joven, 60-64

⁴ Para ampliar información sobre las cifras internacionales ver Plamondon L. (2000), *Violence en gériatrie, Gérontologie et Société*, N° 92. París.

⁵ Hugonot R. (1993) *Role des services sociaux: SOS maltraitance. Gérontologie et Société*. N° spécial, París, distingue violencia física (golpes, violación, muerte), psicológica (lenguaje grosero, crueldad mental, amenazas); financiera (retención de la pensión, robo, herencia anticipada); derechos del ciudadano; medicamentosa (exceso o privación de medicamentos) y la negligencia (activa y pasiva).

años, es decir, entre quienes se han retirado más recientemente. Esto puede deberse a que el paso del tiempo hace que disminuya la carga dramática provocada por el cambio o que las personas más viejas acepten con más naturalidad su pertenencia al grupo de los jubilados. En general, la denominada crisis jubilatoria está ligada a la compulsividad, es decir, a la no decisión personal del retiro. Cuando no se trata de una medida compulsiva, "retiro guillotina", el trabajador no experimenta ninguna crisis.

Una de las consecuencias directas del retiro laboral es la mayor disponibilidad de tiempo libre. Este puede ser utilizado de manera placentera y creativa o convertirse en una pesada carga. Asimismo, como ya vimos, uno de los criterios propuestos por los gerontólogos para evaluar la pertenencia al grupo de los viejos-jóvenes o de los viejos-viejos, es el de las actividades de la vida cotidiana. En este estudio se lo tuvo en cuenta para medir tanto el nivel de actividad como la capacidad de obtener satisfacción de la misma mediante la utilización productiva o creativa del tiempo.

Comenzamos por averiguar cómo transcurren los días de nuestros entrevistados, indagando si los pasan solos o acompañados y obtuvimos que un poco más de los dos tercios, el 69,2 por ciento, pasa la mayor parte del día con alguien de su familia, en tanto que el 23,4 por ciento lo pasa solo. Un 5,6 por ciento está con amigos y compañeros de trabajo.

Al analizar los datos de los residentes en ciudades pequeñas, aumenta el porcentaje de los que pasan el día con su familia, en tanto que en las grandes ciudades sube el porcentaje de los que lo pasan solos. Pasar el día en soledad es una experiencia que encontramos con mayor frecuencia en las mujeres, quienes en este punto casi duplican a los hombres (29 por ciento y 16 por ciento, respectivamente), debido a la mayor proporción de viudas.

Los valores cambian cuando nos referimos específicamente al grupo de 80 y más años. Sube la proporción de los que lo pasan solos al 31 por ciento. Si bien la cantidad de los viejos que pasan sus días con un acompañante contratado es muy pequeña, como era de esperarse, esta aumenta con la edad, llegando al 4 por ciento en el caso de los de más de 80 años.

La evaluación de la situación personal de los entrevistados incluyó averiguar si atravesaban por momentos de tristeza y/o depresivos. Se indagó acerca de los estados de tristeza provocados por las

pérdidas sufridas, sean estas de la índole que fueren. Vivir muchos años nos enfrenta inexorablemente a situaciones de duelo y la persona anciana debe pasar una y otra vez por el penoso proceso de elaboración psíquica de las mismas, cuyo efecto concomitante es la tristeza. El sentimiento depresivo fue considerado como una reacción normal a las pérdidas y no como una enfermedad.⁶

Según los resultados obtenidos, dos tercios de la muestra general, el 66,8 por ciento, manifestó padecer sentimientos de tristeza o depresivos. Este porcentaje aumenta en las ciudades pequeñas al 73 por ciento. También son más las mujeres que se deprimen que los hombres (75,6 y 55,2 por ciento, respectivamente). Y coincidentemente con este último dato, se pudo observar que la viudez incide en la aparición de estos sentimientos.

Al indagar sobre los motivos de la tristeza, observamos que el recuerdo de seres queridos, la soledad, los problemas económicos y de salud son los principales generadores de estos sentimientos. Nuevamente, el recuerdo de los seres queridos y la soledad aparece como disparador de sentimientos de tristeza con mayor frecuencia en las mujeres. Los hombres mencionan con más frecuencia las causas económicas.

Si comparamos los viejos-jóvenes y los viejos-viejos, vemos que los más jóvenes están tristes cuando les falta el dinero y los más viejos cuando recuerdan seres queridos. Si bien para los dos grupos el recuerdo de los seres queridos, sentirse solos, sentirse enfermos y no tener dinero son importantes, las prioridades cambian. Mientras que la prioridad para los viejos-jóvenes es económica (hay que tener en cuenta que muchos de ellos aún tienen familia a cargo) para los viejos-viejos, lo es haber perdido sus afectos y esto como sabemos suele estar ligado a la viudez.

Finalmente se averiguó sobre la participación en instituciones y observamos que más de la mitad de los viejos no tiene una concurrencia habitual a lugares de participación social y/o recreativa. No obstante, es interesante remarcar que asisten a instituciones el 28,4 por ciento y un 12,4 por ciento va frecuentemente a plazas. Los que asisten a centros de jubilados son el 16,5 por ciento.

En el grupo de los de más de 80, un 25 por ciento dice que concurre a organizaciones y el 16 por ciento participa activamente en la conducción. Veamos dónde participan: de ese 25 por ciento, el 19 por ciento va a centros de jubilados, el 3 por ciento va a un club, el 2 por ciento a otras instituciones y el 1 por ciento a instituciones

⁶ Este tema es tratado con mayor amplitud por M.J.Oddone y L.Salvareza en el Cap.4 "Caracterización psicosocial de la vejez" del Informe sobre Tercera Edad en la Argentina de la Secretaría de la Tercera Edad y Acción Social, 2000.

académicas. Los que van a clubes e instituciones académicas en general son de un nivel económico social más alto y los que van a centros de jubilados son de nivel económico un poco más bajo.

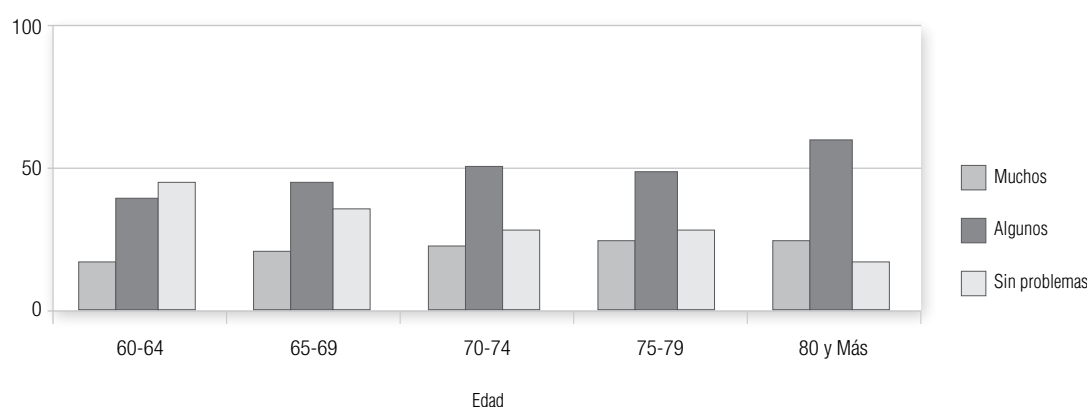
En cuanto a los de menos de 80, la participación en organizaciones de la comunidad es un poco mayor, un 28 por ciento concurre, pero de ellos sólo un 12 por ciento participa de la conducción. Esto nos indica que si bien en general los de más de 80 son aquellos que salen menos, que hacen menos cosas para la familia, entre ellos podemos diferenciar un grupo que es muy activo y

participativo. Y es más, cuando los de más de 80 participan, lo hacen más activamente que los de menos de 80. Como vemos, la edad sigue siendo una variable vacía de contenido que no nos permite generalizar acerca de los atributos de este subgrupo etario.

Las consideraciones acerca del estado de salud de las personas entrevistadas resultan de fundamental importancia para las cuestiones que nos ocupan, por lo que nos detendremos especialmente en ellas.

GRÁFICO 1

PROBLEMAS DE SALUD QUE POSEE



Fuente: Oddone, M. J. "Actitudes, percepciones y expectativas de las personas de mayor edad". Secretaría de Tercera Edad y Acción Social.

El gráfico resulta ilustrativo de la correlación entre edad y problemas de salud, donde a más edad, más problemas de salud. Si bien esta correlación es evidente, un poco menos del 20 por ciento de los que han pasado los 80 años declara "no tener" problemas de salud y si bien los que tienen "algunos problemas de salud" suben al 60 por ciento, la columna de los que tienen "muchos problemas de salud" tiene un ascenso más moderado, superando apenas el 20 por ciento en el grupo de los viejos-viejos. Estos datos avalan nuevamente que no puede generalizarse a partir de la edad y que la decrepitud y la dependencia no es necesariamente una característica de los más viejos de la sociedad.

Las diferencias por género más significativas están relacionadas con la continuidad del lugar que tradicionalmente han ocupado las mujeres en la familia y en la sociedad en su conjunto. Su rol ligado a la función reproductora y de amas de casa hace que, llegada la vejez, tiendan a ser más dependientes, tanto económica como afectivamente de sus familias.

Como vimos, los hombres en mayor proporción viven en casa propia, están casados, son jefes de familia, en tanto que las

mujeres son mayoritariamente viudas y un porcentaje considerable son pareja o madre del sostén de la familia; además, en muchos casos, viven en casa de familiares.

Si bien las mujeres de todas las edades declaran padecer más síntomas depresivos que los hombres, la brecha entre los sexos en cuanto a los porcentajes de aquellos que manifiestan sufrir este tipo de trastornos aumenta con la edad (Mirowsky, 1996). Las causas son múltiples, la pérdida de las redes de apoyo –cónyuge, parientes, amigos- el deterioro de la salud y la disminución de los ingresos.

Para las mujeres, los disparadores de sentimientos de tristeza son: 1°) el recuerdo de seres queridos, 2°) estar sola, 3°) que no le alcance el dinero y 4°) estar enferma. Para los hombres, si bien los motivos se mantienen, cambia al orden de prioridades, siendo 1°) que no le alcance el dinero, 2°) el recuerdo de seres queridos, 3°) estar solo y 4°) estar enfermo.

Estos motivos vuelven a aparecer cuando se indaga acerca de las preocupaciones que tienen como grupo de edad. Para los hombres la

mayor preocupación es la falta de dinero y trabajo. Para las mujeres, la soledad y el deterioro físico. En nuestra sociedad, es frecuente que las mujeres sean juzgadas por su atractivo sexual, mientras que los hombres por su éxito profesional o laboral. En general, se considera que los signos del envejecimiento tales como las canas o las arrugas son significativamente menos atractivos para las mujeres que para los hombres. Por consiguiente no es sorprendente que una de las principales preocupaciones de ellas sea el deterioro físico, ya que evitar la discriminación depende de mantener una apariencia juvenil. Pero estas diferencias en las expectativas con respecto a uno y otro sexo no sólo perjudican a las mujeres. Los estereotipos que caracterizan a los hombres como independientes y autosuficientes también los dañan a ellos. En primer lugar, al igual que las mujeres, por la exigencia que significa tener que responder a las expectativas de los otros y segundo, porque su pretendida fortaleza hace que reciban menos ayuda y apoyo emocional de parte de sus parientes y amigos cuando atraviesan situaciones difíciles, tales como la viudez (Moyers, 1993).

Como era de esperarse, los datos se relacionan entre sí y al ser mayor la proporción de viudas también lo es la proporción de mujeres pensionadas. Los hombres, en cambio, tienden a ser jubilados e incluso hay un porcentaje considerable que aún sigue trabajando. Por lo tanto, son mayoritariamente ellos quienes se declaran ocupados o subocupados, en tanto que las mujeres en general manifiestan no tener ocupación laboral actual. Es así que también son los hombres quienes, en mayor medida, prestan ayuda económica a sus familias. En términos generales, los hombres prestan ayuda económica en tanto que las mujeres la reciben. En este punto las diferencias observadas ponen de manifiesto, una vez más, la falta de equidad entre los sexos. Esta desigualdad

refleja las consecuencias de la división del trabajo en el hogar y del efecto que las responsabilidades familiares de las mujeres tienen sobre sus carreras laborales. Aunque las mujeres siempre han realizado la mayor parte del trabajo doméstico no remunerado, en las últimas décadas su inserción en el mercado laboral aumentó significativamente, sin que ello representara una disminución de las responsabilidades hogareñas. A causa de estas responsabilidades familiares, las mujeres deben frecuentemente interrumpir su actividad laboral. En efecto, la mayoría de las mujeres de más de 60 años en algún momento de sus vidas han tenido que abandonar sus empleos para cuidar a sus hijos o a sus padres.

El costo de una carrera laboral interrumpida puede ser alto: las mujeres que ingresan y salen del mercado laboral para cuidar a sus familias son castigadas por las leyes previsionales que premian con mayores beneficios a quienes tienen carreras laborales estables.

Con respecto al nivel socioeconómico, debemos tener en cuenta que la desigualdad es el resultado de la acumulación de desventajas sistemáticas a lo largo del curso de la vida. No cabe duda que si bien existe cierta movilidad en la escala social, generalmente los que comienzan su vida con mejores recursos tienen mayores posibilidades de acrecentarlos y los que la iniciaron con pocos de seguir desfavorecidos (O'Rand, 1996).

El estado conyugal es un simple dato sociodemográfico que parece ilustrar de forma muy sencilla pero significativa el tema de las desventajas estructurales.

CUADRO 1

ESTADO CONYUGAL POR NIVEL ECONÓMICO SOCIAL

		*NIVEL ECONÓMICO SOCIAL					
		BAJO	MEDIO BAJO	MEDIO	MEDIO ALTO	ALTO	TOTAL
*ESTADO CONYUGAL	CASADO / VIVE EN PAREJA	50,2%	54,6%	54,9%	67,3%	70,0%	53,5%
	VIUDO	37,5%	31,5%	29,5%	26,5%	16,0%	33,8%
	SEPARADO / DIVORCIADO	4,4%	6,2%	7,6%	3,1%	6,0%	5,1%
	SOLTERO	7,9%	7,7%	8,0%	3,1%	8,0%	7,6%
TOTAL FILA		58,0%	17,3%	6,5%	6,5%	3,3%	100,0%
TOTAL COLUMNA		100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Oddone, M. J. "Actitudes, percepciones y expectativas de las personas de mayor edad". Secretaría de Tercera Edad y Acción Social.

Como vemos en el cuadro, el sector social al que se pertenece constituiría un indicador de mortalidad diferencial. Se observa una relación entre nivel socioeconómico y viudez, donde los viejos de sectores bajos son viudos en una proporción que duplica a los de los niveles altos. Se destaca una progresión según la cual a medida que aumenta el nivel socioeconómico aumenta el porcentaje de casados y disminuye el porcentaje de viudos.

Surgen datos coincidentes al analizar los problemas de salud que los entrevistados declaran tener. Vemos que en los niveles altos los porcentajes de aquellos que manifiestan no tener problemas de salud duplican a los correspondientes a los niveles bajos. A su vez, en los niveles bajos quienes consideran tener muchos problemas de salud suman un 10 por ciento más que aquellos.

CUADRO 2

¿TIENE PROBLEMAS DE SALUD? POR NIVEL ECONÓMICO SOCIAL

		*NIVEL ECONÓMICO SOCIAL					
		BAJO	MEDIO BAJO	MEDIO	MEDIO ALTO	ALTO	TOTAL
*¿TIENE PROBLEMAS DE SALUD?	SI, TENGO MUCHOS PROBLEMAS	24,3%	16,6%	17,5%	9,1%	13,7%	20,3%
	SI, TENGO ALGUNOS PROBLEMAS	48,1%	44,2%	45,7%	38,4%	35,3%	46,0%
	NO TENGO PROBLEMAS	27,6%	40,8%	36,8%	52,5%	51,0%	33,7%
	NO CONTESTA		4,0%				0,1%
TOTAL FILA		57,9%	17,3%	14,8%	6,6%	3,4%	100,0%
TOTAL COLUMNA		100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%

Fuente: Oddone, M. J. "Actitudes, percepciones y expectativas de las personas de mayor edad". Secretaría de Tercera Edad y Acción Social.

En cuanto al retiro de la vida laboral, a diferencia de lo que comunmente se cree, se encontró que los de mejor situación económica se sintieron bien en una mayor proporción que los jubilados de los estratos más bajos. Si bien en todos los niveles las actividades a las que se dedicaron luego de la jubilación corresponden principalmente a tareas para el hogar y la familia, a medida que aumenta el nivel socioeconómico aparecen más opciones tales como estudiar o realizar nuevas actividades académicas, hacer gimnasia, caminatas, manualidades, etc. En cuanto a las actividades recreativas, los viejos de nivel socioeconómico alto manifiestan que leen, van al cine, al teatro, a museos, hacen turismo, en proporciones que triplican o sextuplican a las realizadas por las personas de los niveles más bajos.

La observación realizada acerca del estado conyugal también se ve reflejada en la composición del hogar, ya que en los niveles altos los que conviven con cónyuge y con cónyuge e hijos superan los dos tercios de la muestra (68,7 por ciento), mientras que en los bajos lo hace un poco más de la mitad (52,1 por ciento). Al analizar la forma en que transcurren sus días vemos, desde otro ángulo, el mismo fenómeno, ya que uno de cada cuatro (25,4 por ciento) de los viejos de nivel socioeconómico bajo pasa sus días en soledad, duplicando el porcentaje de quienes con un nivel alto pasan por la misma circunstancia (12 por ciento).

Al evaluar la interacción familiar averiguamos sobre la ayuda económica tanto prestada como recibida. Son los viejos de nivel socioeconómico alto quienes en mayor proporción prestan ayuda económica, de hecho casi la mitad de la muestra (47,1 por ciento) lo hace, sin embargo, es significativo observar que el 24,2 por ciento de los viejos más pobres también ayudan a sus hijos y nietos⁷. Como contrapartida, los viejos más pobres declaran en un 30 por ciento recibir ayuda por parte de sus familiares, ya sea en dinero o mediante el pago de los gastos de la casa. Como es de esperarse, esta ayuda disminuye a medida que se asciende en el nivel socioeconómico.

CONCLUSIONES

Comenzamos por cuestionar la pertinencia de la edad cronológica como criterio válido para dividir el último período de la vida en distintas subetapas, para ello nos basamos en los especialistas que proponen sea reemplazada por la noción de estado funcional. En efecto, si efectuamos una combinación de criterios entre actividades de la vida diaria y edad cronológica, vemos que en general los ochenta años marcan una disminución de la actividad que justificaría desplazar hacia la misma la calificación de viejos-viejos. Sin embargo, los datos también nos señalan la existencia de excepciones que no deben ser pasadas por alto.

⁷ En los niveles socioeconómicos bajos viven solo con sus nietos el 2,5%, mientras que en los otros niveles prácticamente no se observa esta situación familiar. Las abuelas pobres que se hacen cargo de sus nietos constituyen un aspecto importante de la asociación entre vejez y pobreza. Oddone, M. J. (2001) Ancianidad y pobreza. Revista Encrucijadas, UBA, Año 1, N° 3, pp. 40-49, Buenos Aires.

Por lo tanto, se hace necesario tener en cuenta que la pertenencia a un grupo así delimitado solo aporta información acerca de posibilidades o tendencias que no deben trasladarse a todos los individuos. De no ser así, se puede favorecer generalizaciones prejuiciosas que afecten tanto la vida de las personas como a la sociedad en su conjunto. A las personas cuando se las estigmatiza debido a su edad sin tener en cuenta su situación particular (estado funcional). A las sociedades cuando se magnifica la incidencia del envejecimiento poblacional sobre los costos de la atención de la salud y la seguridad social en su conjunto.

Con respecto a la pregunta inicial: ¿es la vejez una etapa de la vida o una serie de atributos que determinan que consideremos vieja a una persona? Y aún más, de acuerdo con esta última opción, ¿cuáles serían esos atributos, "canas, arrugas, jubilación, abuelidad" o "debilidad física, lentitud mental, enfermedad orgánica, descompromiso social, disminución de la actividad"? Es evidente que ya sea que se adopte un criterio u otro, no pueden hacerse generalizaciones a partir de los sesenta años, pero tampoco se puede generalizar a partir de los '80. Los datos muestran claramente que gran vejez no es equivalente a dependencia.

Quienes promueven la investigación de la diversidad en la vejez la enmarcan dentro del contexto de las diferencias estructurales que sistemáticamente producen desigualdad en nuestra sociedad. La falta de equidad en las posibilidades y oportunidades de las personas depende en gran medida de ciertos atributos tales como el sexo y la clase social, entre otros. Ser hombre o ser mujer y

la pertenencia a determinado estrato socioeconómico implican ventajas y/o desventajas acumulativas durante todo el curso de la vida que repercuten en la forma de envejecer.

En una apretada síntesis podemos decir que las mujeres en su vejez tienden a ser más dependientes de sus familias que los hombres, tienen más posibilidades de ser viudas, de vivir solas y, en consecuencia, de padecer sentimientos depresivos. Su dependencia económica a menudo es la consecuencia de toda una vida de trabajo no remunerado en el hogar y/o de carreras laborales interrumpidas por la necesidad de hacerse cargo del cuidado de sus familias y/o de ingresos diferenciales producto de la desigualdad en el mercado laboral.

En lo que hace al nivel económico social, los viejos de mejor situación socioeconómica desarrollan una mayor gama de actividades, tanto sociales, como académicas, culturales, recreativas e incluso comunitarias y de voluntariado; concurren con mayor frecuencia a clubes y otras instituciones donde su participación es más activa. Son menos sobreprotegidos por sus familias, a las que, por otra parte, tienen mayor posibilidad de prestar ayuda económica. Consecuentemente, son también quienes en mayor medida están satisfechos con el lugar que ocupan actualmente en la sociedad. No debe dejarse de tener en cuenta además que son quienes mayoritariamente viven con sus cónyuges lo que asegura una mayor estabilidad en la vejez y gozan de mejor salud que permite una mayor autonomía en el normal desenvolvimiento de la vida cotidiana.

BIBLIOGRAFÍA

- Becker, H. (1963, 1985) *Outsiders. Etudes de sociologie de la déviance*. Maitillé, Paris. (original inglés, 1963)
- Calasanti, T.M. (1996) Incorporating Diversity: Meaning, levels of research, and implications for theory. *The Gerontologist* 36, 147-156.
- Crystal, S. (2005) Dynamics of late-life Inequality: Modeling the Interplay of Health, Disparities, Economic Resources, and Public Policies. Baars, J., Dannefer, D., Phillipson, Ch., and Walker, A., *Aging, Globalization and Inequality*. Baywood Publishing Company. NY.
- Dannefer, D. (1988). What's in a Name? An Account of the Neglect of Variability in the Study of Aging. J. Birren, & V. Bengtson (Eds.), *Emergent Theories of Aging*, Springer, New York.
- Gastrón, L., y Oddone, M. J., (2008) "Reflexiones en torno al tiempo y el paradigma del curso de la vida". (Pag. 1-9). En *Perspectivas en Psicología*. Revista de Psicología y Ciencias Afines. Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Mar del Plata. Volumen 5 N° 2.
- Guillemard, A. M. (1982) Old Age, retirement, and the social class structure: Toward an analysis of the structural dynamics of the latter stage of life. T.Hareven & K.Adams (Eds.), *Aging and life-course transitions: An interdisciplinary perspective*. Guilford, New York.
- Hochschild, A. (1976). Disengagement Theory: A logical, empirical, and phenomenological critique. En J.F.Gubrium (Ed.), *Time, roles, and self in old age*. Human Sciences Press, New York.
- Laive D'Epina y C. y otros (1998) ¿Cómo definir la edad muy avanzada? Criterio de edad cronológica o edad sociofuncional. En *Año Gerontológico*.
- Mc Mullin, J. A. (2000) "Diversity and the State of Sociological Aging Theory" *The Gerontologist* 40:517-530.
- Mirowsky, J. (1996) "Age and Gender Gap in Depression". *Journal of Health and Social Behaviour* 37:362-80.
- Moyers, B. (1993) *Healing and the Mind*. Doubleday, New York.
- Oddone, M. J., (2001) "Actitudes, percepciones y expectativas de las personas de mayor edad". Secretaría de Tercera Edad y Acción Social. N° 1, N° 2 y N° 3. Serie de Informes de Investigación. Buenos Aires.
- Oddone M. J., y Aguirre M. (2004) "80 y más: los desafíos de la longevidad" capítulo en el libro "Aspectos Psicosociales del Adulto Mayor. Salud comunitaria, creatividad y derechos humanos. Compiladora Silvia Molina. Colección Salud Comunitaria. Serie Adultos Mayores. Editorial UNLA. Remedios de Escalada. pp.63-88.
- Oddone, M. J., y Aguirre, M. (2005) "Impacto de la diversidad en el envejecimiento" en *Psicólogos*. Revista de Psicología Nro. Extraordinario: La Vejez II. Año XV - Nro. 15. Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Tucumán. Pag. 49-66.
- Oddone, M. J. y Aguirre, M. (2005) "La problemática social de la vejez en el medio rural" en *Revista Kairós*. Gerontología v.8 Nro. 2 editorial PUC-SP. San Pablo pp.139-170
- Oddone, M. J. (2010) "La teoría social del envejecimiento. Un análisis histórico" (Pag. 50-62.) Capítulo en el libro "La gerontología a través de una historia institucional" Roberto Barca.(compilador) Centro de día. Buenos Aires. ISBN 978-987-26073-1-9. E-Book.
- O'Rand, A. (1996) "The Precious and the Precocious: Understanding Cumulative Disadvantage and Cumulative Advantage over the Life Course" *The Gerontologist* 36: 230-38.